

MANIFIESTO A LOS REPUBLICANOS FEDERALES

POR ROQUE BARCIA.

I.

Vuestro antiguo propagador os debe una palabra en estos momentos solemnes, en que cien y cien generaciones comparecen ante el juicio de nuestra edad entre augustos misterios de la historia.

Las crisis supremas no pueden salvarse sin supremas virtudes: en las grandes catástrofes es donde aparecen los grandes pueblos.

Pueblo español; llegó el instante en que tienes que ser mucho más héroe que los héroes de Sagunto y Numancia: llegó el instante en que debes mostrarte a toda la tierra bajo el estandarte de tus glorias, ennoblecidas por la conciencia de catorce siglos de horrible desgracia, de martirio sublime.

Espanoles; los que fueron tan grandes en la muerte, no pueden ser pequeños en la resurrección.

Decid á todo el mundo que ningun peligro pueden temer los que no tengan privilegios odiosos que conservar.

Decid á todo el mundo que la República es mas severa, mas respetuosa, mas justa, mas moral que la monarquía.

Decid á todo el mundo que la República, siendo la ley que mas acata nuestros derechos, es tambien la que menos dispensa el necesario cumplimiento de nuestros deberes.

Decid á todo el mundo que cien ejércitos no harán tanto en nuestro favor como el espíritu de orden, de respeto á las leyes, de abnegación, de constancia y de fé.

Decid á todo el mundo que la noble República española viene á ser la custodia definitiva y permanente de la persona, de la creencia, de la propiedad y de la familia.

Decid á todo el mundo que en las democracias bien definidas y planteadas, las masas piden, las Asambleas votan, los poderes legítimos gobiernan.

Decid á todo el mundo que si hay razon para que las masas se tornen en gobierno, habria razon tambien para que el Gobierno se convirtiera en masas, y escusado es decir que este absurdo imposible, esta loca política, nos llevaria al caos.

El grupo que pida, el hijo del pueblo que advierta, el soldado que exponga y reclame, están dentro de la República democrática.

El grupo que se imponga, el hijo del pueblo que se desborde, el soldado que se insubordine, sepan que son traidores á su país, á su padre, á su madre, á la humanidad y á sí propios, porque venden al despotismo el suelo sagrado de la patria.

Pueblo español; dí á todo el mundo que el esclavo que vive contento, no merece ser libre.

Dí á todo el mundo que el hombre libre que se hace faccioso, merece ser esclavo.

Dí á todo el mundo que el Gobierno de la República no es la política de unos cuantos, sino el gobierno de todos los hombres honrados y trabajadores.

Espanoles: en estos cataclismos hay ciertos designios de la Humanidad y ciertos designios de Dios: para atravesar estas revoluciones providenciales, los pueblos deben tomar algo de la majestad de la Providencia.

Hijos de la antiquísima y noble España, no seamos indignos de la voluntad incomprensible que ha resuelto llamarnos á mayores verdades, á mayores virtudes, á mas grandes empresas y mejores destinos.

II.

Los vecinos honrados de Madrid.

Cuando la policía del espionaje abria nuestras puertas á media noche, valiéndose de la ganzúa, como hace el ladrón ¿en dónde estaban los vecinos honrados de Madrid?

Cuando Narvaez atropellaba la propiedad y la

familia, mandando cuerdas de infelices á Filipinas y á Leganés ¿en dónde estaban los vecinos honrados de Madrid?

Cuando la PARTIDA DE LA PORRA escandalizaba la conciencia de España y del mundo; cuando asaltaba bandoleramente el teatro de Calderon; cuando despedazaba los enseres de aquel teatro; cuando turbaba á las gentes pacíficas que se solazaban en un recreo público; cuando disparaba sobre los actores; cuando mataba al desgraciado Azcárraga en una de las calles mas públicas de esta propia villa; cuando sembraba á España de heridos y de muertos ¿en qué pensaban y qué hacían los honrados vecinos de Madrid?

Cuando Gonzalez Bravo convirtió las calles de la corte en un bosque de fieras durante la noche de San Daniel; cuando niños de nueve años caían al suelo heridos por la espalda; cuando la capital de España se vió á merced de una *horda de miserables*, segun palabras del Sr. Rios y Rosas, ¿en dónde estaban los vecinos honrados de Madrid?

¿Sabían los vecinos honrados de Madrid lo que pueden lograr con esa alarma provocadora? Entiendan que lo único que pueden conseguir es hacer imposible una República que no ha usurpado ninguna propiedad, que no ha turbado á ninguna familia, que no ha matado á nadie, poniéndonos en manos de la restauración ó del absolutismo. Reducido una vez á la impotencia el Gobierno republicano, los honrados vecinos de Madrid no tendrían el derecho de quejarse, ni aun cuando viniera el socialismo con todos los horrores de la *Commune* de París.

¡Oiganlo bien los vecinos honrados de la antigua corte!

III.

El absolutismo.

España es la única nación del mundo en donde la escuela absolutista sostiene una campaña, y es necesario, absolutamente necesario, que todos lavemos esta afrenta causada por nuestro infortunio á nuestra civilización, á nuestra gloria y á nuestro génio.

Si la República no pacifica á nuestro desgraciado país, la República muere.

La República significa, entre otras muchas cosas, la extinción de la guerra civil.

Trabajemos todos, en la línea de nuestras fuerzas, contra ese absolutismo que arranca los ojos á un hombre vivo en las Provincias Vascongadas, ese absolutismo que quema todavía nuestras casas y nuestros campos, ese absolutismo que dispara sobre los trenes, ese absolutismo que hace inútiles los ferro-carriles, ese absolutismo que hace inútil la civilización, ese absolutismo que quemó los huesos de nuestros padres, ese absolutismo que deshonra á España, ese absolutismo que si siguiera (que no puede seguir) nos apartaría del trato del mundo, haciendo de los españoles los apesados de la humanidad.

Borremos todos esa letra negra en el testamento de nuestro pueblo y de nuestro siglo.

IV.

Paciencia y confianza.

Muchos preguntan: ¿qué República es esta con derecho de Puertas y de consumos, con un Olózaga, con un Escosura, con todos los vicios y los resabios de la monarquía?

Nosotros contestamos: pero ¿quién ha dicho que el sistema de hoy es la verdadera República, cuando no ha venido quien debe darnos la ley republicana?

Sin el planteamiento de los principios republicanos ¿cómo ha de existir la República?

Las leyes de hoy son las leyes monárquicas; y

¿cómo queremos que haya República dentro de las leyes de la monarquía?

La República ha de nacer de las próximas Cortes Constituyentes; y hasta entonces, la República no será otra cosa, no puede serlo, que una monarquía sin monarca.

Tengamos paciencia y ella vendrá.

Tengamos confianza, ya que no puede dejar de venir.

¿No hemos esperado, durante siglos y mas siglos, el reinado de la justicia? Pues ¿cómo nos impacientamos cuando lo tenemos tan cerca?

Pensemos todos que únicamente la impaciencia de los republicanos puede dar muerte á la República: solo el amor desordenado de los hijos pudiera matar á la madre.

Pero formulemos, ya que nos lo pide nuestro siglo, un terrible proceso histórico.

¿Qué es la guerra civil que nos devora? Es un legado de la monarquía.

¿Qué es la permanente conspiración de los Borbones? Otro legado de la monarquía.

¿Qué es el cura faccioso? Otro legado de la monarquía.

¿Qué es el noble rebelde? Otro legado de la monarquía.

¿Qué es el capital asustadizo? Otro legado de la monarquía.

¿Qué son cuarenta mil millones de Deuda pública? Otro legado de la monarquía.

¿Qué es el descrédito de nuestro Tesoro, la eterna agonía de la Hacienda española? Otro legado de la monarquía.

¿Qué es esta decadencia de sentimientos, de caracteres, de aspiraciones, de esperanzas y de costumbres? Otro legado de la monarquía.

¡Espanoles! La monarquía nos deja sujetos, amarrados en alma y en cuerpo, con cien anillos de cabezas humanas.

¿De qué se lamentan los monárquicos? ¿Por qué nos miran con malos ojos? ¿Cómo no esconden el semblante? ¿Cómo no sienten remordimiento? ¿Cómo no se mueren de pesadumbre?

El gobierno de la República tiene que luchar hoy con nuestra perversion de costumbres, de caracteres, de sentimiento: tiene que luchar con la agonía del Erario público, con el capital asustadizo, con el noble rebelde, con el cura faccioso, con los Borbones, con los absolutistas, con ciertos radicales, con ciertos címbrios, con la Asamblea y con los vecinos honrados de Madrid.

¿Debe añadirse á todo esto la impaciencia de los republicanos? ¿Podremos pagar nunca á nuestros hombres del gobierno el martirio que sufren, el inmenso sacrificio que hacen?

¡Sí, sacrificio, porque esos hombres se han de gastar con el roce de tanto suceso!

¡Sí, sacrificio, porque esos hombres se han de romper bajo el peso de tanto golpe!

¿Sabeis, republicanos españoles, qué arriesgan hoy los hombres del poder? ¿Sabeis la ofrenda que nos consagran? Esos hombres nos están consagrandó hoy los hermosos laureles de muchos años, la amada ilusión de todas sus glorias, el primer amor de toda su vida, el sagrado amor de su partido y de su pueblo.

Eso es lo que hacen, cruzados de brazos ante el ara del sacrificio, porque la historia quiere que, en los grandes momentos del mundo, sean aras de sacrificio los altares de la conciencia y de la patria.

Vertamos una lágrima de gratitud y de dolor á la noble memoria de esos hombres, héroes de nuestro pasado, mártires de nuestro presente, estatuas de nuestro porvenir.

¿Cómo murmuramos nosotros, cuando nuestros hijos dirán llorando: ¡Gloria inmarcesible á los republicanos federales de 1873! ¡Llor eterno, alabanza infinita á los ilustres fundadores de la República española!

ROQUE BARCIA.